CAPITULO XV

LAS AUSENCIAS DE JESUS
\* \*Puntos Centrales de la Fe
 Hans Urs von Balthasar BAC 1985

La presencia y la ausencia de Dios en el mundo es para el pensamiento, y más todavía para el sentimiento y expe­riencia del hombre, un misterio insondable. Da la impre­sión de que cabe hablar de ellas sólo de una manera dia­léctica, en proposiciones que mutuamente se eliminan, pues cuando decimos, por ejemplo, «Dios», mirando a su contenido, resulta que Dios es «todo» *(to pan estin autos:* Sir 43,27), no habiendo nada fuera de él y no siendo posible añadirle nada, y es al mismo tiempo sublime y «por en­cima de todas sus obras» *(para ganta ta erga autou:* Sir 43,48), no siendo Dios ninguna de estas obras y habiendo entre él y ellas una distancia y contraposición infinitas, como entre lo relativo y lo absoluto. Cuanto más tiene que estar Dios en todas las cosas para que sean, tanto más está en ellas como el totalmente otro que todas y cada una de ellas. Esta dialéctica es exacta a su manera, pero suena a vacío y poco vale para una experiencia y práctica religiosa.

El Hijo «ha expuesto», interpretado, en figura humana al Padre, a quien nadie ha visto (in 1,18). Como Palabra hecha carne ha revestido lo Inefable con categorías hu­manas, pero de suerte que el Dios esencialmente incom­prensible destella rompiendo todos los conceptos y defini­ciones. Jesús no nos hubiera revelado al Padre como Verbo suyo si nos hubiera aproximado sólo su inmanencia, sin su transcendencia, y, mirando al conjunto de su vida, no nos le hubiera mostrado simultáneamente en y sobre nosotros, cerca y lejos, aprehensible pero escurridizo.

Jesús, en efecto, tenía que enseñarnos «a dejarnos arre­batar por el amor de lo Invisible, contemplando a Dios vi­sible» (prefacio de Navidad). Y Dios no es un equilibrio de inmanencia y de transcendencia, porque su total inmanen‑

\* Neue Klarstellungen (Einsiedeln 1979) p.28-36.

302 *M. Vida cristiana*

cia nos manifiesta su transcendencia siempre mayor. De su esencia, de su ser-Dios-en-sí, desde su «inseidad», produce' la criatura y condesciende por gracia, fidelidad y alianza eterna a la nonada, a la casi nada que somos nosotros. Esto se plasma y hace visible en el modo cómo la estancia permanente de Jesús entre nosotros, su acampamiento en­tre los hombres, se realiza mediante desapariciones y au­sencias cada más relevantes. Casi como si su venida al mundo fuera mera ocasión de esfumarse: «Dejo el mundo y vuelvo al Padre» (Jn 16,28).

Ahora bien, esto de «volver al Padre» es el modo pecu­liar de su retorno o de su permanencia. «Habéis oído que os he dicho: Voy y vuelvo a vosotros. Si me amáis, os ale­graréis de que vuelva al Padre» Un 14,28). Y esto por dos razones. En primer lugar, por lo que se añade en la misma frase: «Porque el Padre es mayor que yo.» Al desaparecer Jesús en el Dios siempre mayor, viene en su propia figura, cuyo presagio fue la transfiguración del Tabor y que se hizo definitiva en la resurrección. El amor de los discípulos tenía la piedra de toque de su autenticidad en que la nueva forma les sería más gozosa y deseable para el Maes­tro que la sensible y caduca tomada por éste por amor a ellos, si bien habrían de experimentarla como ausencia.

En segundo lugar, dice Jesús: «Os digo la verdad; es bueno para vosotros que me vaya, porque, si no me voy, no os vendrá el Paráclito; en cambio, si me voy, yo os lo enviaré» (16,7). Esto significa que la presencia de Dios, del Espíritu del Padre y del Hijo, sólo puede darse y ser reali­dad por la privación de la presencia sensible del Hijo, por la aceptación de esta privación. Jesús aguarda a que, en esta renuncia, el amor a él y su consumación en Dios re­suenen muy por encima del dolor inevitable al hombre sensible, y, claro está, que el gozo espiritual no puede lo­grarse sin el dolor de la renuncia a lo sensible.

De ahí el reproche: «Voy, pues, al que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta: `adónde vas?' Sino que vuestros corazones se han llenado de tristeza porque os he dicho esto» (16,5). De verdad, Jesús vuelve a los suyos en el Espíritu. La promesa de su retorno aparece expresa‑

*C.15. Las ausencias de Jesús* 303

mente varias veces Jn 14,3.21.23.28; 16,16. Cf. Mt 18,20). Y su retorno será una presencia espiritual real, como lo es en la eucaristía, una presencia que presupone lógicamente la ausencia sensible.

De hecho, no hay que considerar al Verbo humanado como si hubiera venido a la tierra bajo el signo exclusivo del adiós, para una desaparición inmediata. Afirmarlo se­ría profesar la apariencia o ser pseudognóstico de Jesús, que no pisa de verdad el suelo y al que se le niega una existencia realmente encarnada en el mundo. La vida de Jesús es una cercanía inmediata, palpable, sobre todo con «los publicanos y pecadores», con los que se sienta a la mesa; con los enfermos, a quienes toca en sus miembros atrofiados o quebrantados, aplicándoles saliva; con los le­prosos, a los que toca; con los niños, a los que abraza.

Todo el pueblo, y particularmente los discípulos, están habituados y entrenados a esta presencia drástica, y el ale­jamiento de Jesús, su despedida, su ausencia, la viven como un acto expresamente hecho por Jesús. Su ida, anun­ciada pero no entendida, se presta a equívocos: «¿A dónde pretende ir que no podamos encontrarle? ¿Marchará a las naciones en que los judíos se hallan dispersos entre los pa­ganos y predicará a los paganos?» Un 7,35). «¿O acaso pensará quitarse la vida, pues dice que a donde va no po­demos ir nosotros?» Un 8,22).

También los Apóstoles oyeron el anuncio de que se iba, pero, pensando en función de la presencia terrena, no po­dían hacerse a la idea verdadera.

Decían ingenuamente que morirían con él (o sea, que no permitirían la separación del Maestro), como Tomás Un 11,16) y Pedro (Mc 14,31; Mt 26,35; Lc 22,33); o blasonan en todo caso de querer permanecer con él, pero pensando siempre en defenderle y en impedir que le maten (Mc 8,32), o demandan que les indique inmediatamente la meta (Pedro: Jn 13,36; Tomás: Jn 14,5). Pero la respuesta fue, por el momento: «Hijos míos, todavía un rato estaré con vosotros; luego me buscaréis y, como lo he dicho a los judíos, os digo también a vosotros: a donde voy, no podéis venir vosotros» Un 13,33 =7,34 =8,21).

304 *III. Vida cristiana*

La distancia, pues, entre el Resucitado que reaparece y los discípulos que siguen en la tierra no constituye una ex­cepción del enunciado general de cierta no-coexistencia. La distancia entre cielos y tierra persiste, se manifiesta expre­samente en el carácter irrecognoscible del Resucitado, en su «figura extraña» (Lc 24,16; Mc 16,12; Jn 20,11; 21,5), que sólo momentáneamente toma la forma familiar, y pre­cisamente en el instante de desaparecer, cuando ha sido recién reconocido y ha impuesto una misión eclesial (Lc 24,31; Jn 20,17).

La ubicación singular de la ascensión a los cielos en Lucas subraya lo definitivo de la distancia intrínseca en cuestión, en las apariciones del Resucitado, que han entre­nado a la Iglesia en auténtica actitud de fe, que de todos modos sigue necesitada de exhorto angélico para que el adiós no quede en añoranza de pasado y emprenda la mi­sión terrena con los ojos puestos en el reencuentro final, al fin de los tiempos (Act 1,11). La experiencia que ha tenido de la presencia de Jesús es punto de partida y camino del largo recorrido —cronológicamente imprevisible, externa­mente en solitario— que la Iglesia hará a través del tiempo. El *logion* último de la primera conclusión del Evan­gelio de Juan lo resume: «Bienaventurados los que no ven y creen» (Jn 20,29).

La relación de fe, sin embargo, tan rodeada de oscuri­dades sensibles que en el círculo íntimo «algunos duda­ban» (Mt 28,17), en círculos ajenos se hablaba del cadáver robado (Mt 28,13) o circulaban otros rumores inverosí­miles («un tal Jesús, que murió y del que Pablo dice que vive»: Act 25,19); esta relación definitiva de fe, repito, tiene que entrenarse y nutrirse de la vida terrena de Jesús, que está llena de adioses, separaciones, desapariciones, por dentro y por fuera. No sólo se intenta oficialmente supri­mir su existencia desde un principio como indeseada (Mt 2,16), sino que doquiera se anuncia abiertamente la pre­sencia de Jesús, él es el perfecto desconocido: «En medio de vosotros está aquel a quien no conocéis» (1,26); al que Juan mismo no conoció hasta que llegó el signo (1,30ss).

Por una parte, Jesús no puede «confiarse a su entorno»

*C.15. Las ausencias de Jesús* 305

(2,24), y por otra, cuando se abre, no es recibido y, por ende, tampoco «conocido» (1,11.10). Este extraño hace a Jesús ausente en su presencia, incluso cuando está pre­sente. En la fiesta no está «abiertamente, sino en secreto», *y* «los judíos le buscaban y decían: '¿Dónde está?'» Un 7,10). Porque no le esperaban tal cual él quería darse, la comunicación fracasó. La presencia aparente imposible se cubre de misterio y aparece como ausencia. Tampoco lo­gra más la fe de los discípulos cuando divisan al que se acerca hacia ellos sobre las aguas de noche. Está presente, pero ellos gritan azorados «pensando que es un fantasma» (Mc 6,49). Hasta el final lo mismo: «Tanto tiempo estoy con vosotros y ¿todavía no me conoces?» Un 14,19). La distancia marcada por la incredulidad, por la poca fe o por el miedo Un 21,12) es el preludio de la pasión, en la que no es Jesús quien primero abandona a los suyos, sino es más bien abandonado por ellos: «Mirad, llega la hora, y ha llegado ya, en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo» Un 16,32). «Entonces le abando­naron los discípulos y huyeron» (Mt 26,56).

Ya antes de la pasión fue esa falta de acogida interior a Jesús causa de que externamente se enojara y fuera un au­sente. Por ejemplo, en Nazaret, cuando quisieron despe­ñarle: «Pero él pasó por medio de ellos y se fue» (Lc 4,30). Lo mismo en los últimos días anteriores a la pasión, cuando «ya no andaba en público entre los judíos, sino que se retiró de allí a la región cercana al desierto» Un 11,54). Marcos data desde muy pronto estos desplaza­mientos de Jesús; los discípulos corren en busca del desa­parecido, que ora, y le dicen: «Todos están buscándote...» La respuesta reza: «Vayamos a otro lugar...» (Mc 1,35ss). Porque Jesús es esencialmente caminante, «se evade»: «Conviene que hoy, y mañana y pasado siga adelante» (Lc 13,33). La misma retirada toma cuando los judíos han ma­lentendido la multiplicación de los panes y quieren hacerle rey: «Huyó de nuevo al monte, él solo» Un 6,15). Entran en esta misma cuenta las travesías casi innumerables «a la otra orilla», que son casi siempre distanciamientos. Y todo ello en la vida pública, donde no busca unas pausas de

306 *M. Vida cristiana*

contemplación, porque es incansable en su predicación y taumaturgia entre los hombres.

Su presencia, la desconocida y no utilizada, es como tal el tiempo de la salvación concedido por Dios, pero «es un rapto». Es un tiempo que dura, pero de alguna manera como desaparición ya incipiente. «`Todavía, por un poco de tiempo, está la luz entre vosotros. Caminad mientras te­néis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas...' Di­cho esto se marchó y se ocultó a su vista» (Jn 12,35s). «Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo» Un 9,5). En Jn 16,16, el «rato» es como una palabra clave para entender todo el modo de existencia de Jesús en toda su vida terrena y en la pasión. «`Dentro de poco ya no me veréis y poco después me volveréis a ver'. Entonces al­gunos de sus discípulos comentaron entre sí: `Dentro de poco ya no me veréis y poco después me volveréis a ver' y `me voy al Padre'? Y decían; `¿Qué es ese poco? No sa­bemos lo que quiere decir'.» En esta palabra 'clave conver­gen dos cosas: la economía de la gracia otorgada de arriba, que hace aparecer un rato lo invisible en lo visible, y la antieconomía del pecado, que no ve lo aparecido y lo mos­trado y se arrebuja en lo invisible y en la ausencia.

Cuando Jesús mismo dispone sus ausencias, se mezclan inextricablemente los dos puntos de vista, porque contri­buyen al hecho de motivar su ausencia con sentido salví­fico y unitariamente fundada. Estas ausencias dispuestas se ven sobre todo cuando Jesús escoge a sus discípulos para que compartan y convivan algunas manifestaciones con­cretas de su presencia. Así, por ejemplo, sólo Pedro, Juan y Santiago entraron con él en casa de Jairo, para que vi­vieran sensiblemente la resurrección de la joven; sólo ellos subieron con él al Monte de la Transfiguración, para con­templar la figura supramundana de Jesús; sólo ellos —con­gruentemente— estuvieron muy cerca de Jesús en la ago­nía del monte de los Olivos con la voluntad del Padre.

Hay, por consiguiente, en la Iglesia algunos, escogidos y agraciados, que experimentan las presencias de Jesús mientras los demás —casi siempre por una disposición ex­presa— están puestos a distancia y lo viven como sensible‑

C.15. *Las ausencias de Jesús* 307

*Puntos centrales de la fe 11*

mente ausente. En el monte de los Olivos estaban los puestos exactamente señalados. El traidor está a una dis­tancia infinita, a ocho discípulos se da la orden de «sen­taos aquí, mientras yo hago oración» (Mc 14,32); los tres elegidos pasan adelante y tienen que mantenerse des­piertos: «Quedaos aquí y velad conmigo» (Mt 26,38) y «él se adelantó como un tiro de piedra» (Lc 22,41).

¡Toda una jerarquía de ausencias! En la Iglesia persiste este aspecto, porque nadie tiene derecho a una cercanía concreta experimentable y es ya mucho mantenerse a la distancia indicada por el Señor, vigilando y orando, no durmiendo y sumergiéndose culpablemente en la ausencia.

Más a fondo nos meten todavía en el misterio de la au­sencia salvífica de Jesús los misteriosos detalles que se nos cuentan de las mujeres en relación con Jesús. La vida de María, la Madre, está totalmente bajo el signo de la es­pada que atravesará su corazón (Lc 2,35) y que es esen­cialmente escisoria. La separación se palpa en el Docea­ñero: «¿No sabíais...?» (Lc 2,49), y más tarde en Caná: «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí?» Un 2,4). La separación se ahonda en la escena de los parientes que visitan a Jesús: «¿Quiénes son mi madre, hermanas y hermanos?» (Mc 3,13), y se consuma al pie de la cruz, donde el Hijo se evade de la Madre y la encomienda otro: «Mujer, he ahí a tu hijo» Un 19,26), al mismo tiempo que la asume y sume en el abandono de Dios que él mismo experimenta. Porque a la cercanía de participación en el destino y en la misión de Jesús corresponde la cercanía de la participación en su experiencia salvífica central. La medida de la presencia o coexistencia interna se mide con la experiencia de la au­sencia.

Lo que sucintamente se nos cuenta del destino de la Madre se narra extensamente a propósito de María y Marta de Betania cuando la muerte de Lázaro. La escena está compuesta con toda intención: arriba, en Betania, las dos hermanas; abajo, en el Jordán, Jesús; un mensaje ur­gente pide la llegada más pronta posible; el interesado se demora aposta. «Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Enterado de su enfermedad, permaneció dos días

 308 III. *Vida cristiana*

más donde se encontraba. Al cabo de ellos dice a sus discí­pulos: `Volvamos a Judea'... ¿No tiene doce horas el día?... Me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis» (Jn 11,6-15).

Llega Jesús cuando Lázaro estaba ya muerto y sepul­tado, pero lo peor era que no habían tenido noticia de él, estaban en la noche oscura de la ausencia de Dios. «Si hu­bieras estado aquí», le dice Marta saliendo apresurada­mente a su encuentro (11,21). «Señor, si hubieras estado aquí», le dice sentada a sus pies María (11,32). Dos veces se cuenta que Jesús se perturbó y lloró (11,33.35.38). Difí­cilmente por la muerte física de Lázaro, porque en las re­surrecciones no ocurre cosa semejante; más bien por la tra­gedia interna de tener que repartir eucarísticamente por anticipado el abandono divino de la cruz a quienes tan tiernamente ama. Inútil decir que se trata en este caso de un destino completamente personal, señalado por gracia («mística», si se quiere) y no de una vaga y difusa expe­riencia periódica del «Dios que ha muerto». Esta experien­cia es mucho más compleja e impura que la vivencia tan ne­tamente esbozada y expresamente dispuesta, para que los amantes *compadezcan* desde la presencia vivida por Jesús su aspecto negativo, la ausencia.

En este mismo rango está también la experiencia de la tercera María, la antigua pecadora de Magdala, cuando el día de Pascua llora al muerto desaparecido y le busca en el sepulcro vacío. No hay aparición angélica que le con­suele de ese vacío, ni siquiera la presencia de Jesús bajo la extraña figura del hortelano. Todo su ser está apiñado y concentrado en un solo acto de búsqueda. «Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré» Un 20,15). Su experiencia de abandono es tan honda por­que ha estado al pie de la cruz y ha vivido lo que real­mente le costó a su Amado librarle de los siete demonios.

María de Magdala se ha extraviado por completo y «ya no vive», como no sea «en la fe en aquel que tanto me amó y se entregó por mí» (Gál 2,20). Este «extravío-de-sí», salirse de sí al Amado, tiene para ella el carácter de una vida allende la muerte. Su «ex-ceso» de amor es definitivo,

*C.15. Las ausencias de Jesús* 309

transformado por la experiencia pascual: «iMáría!... iRab boni!». *Noli me tangere:* la presencia repentina del Viviente no es para asirla, detenerla, sino para darle rienda suelta. Ella ha vivido la presencia sensible lo suficiente como para que el Señor, evadiéndosele para ir al Padre, le señale el camino adonde los hermanos. La ausencia vacía pasa, en un instante fulgurante, de la presencia sentida a una au­sencia colmada.

La forma existencial de Jesús es aparecer desapare­ciendo, darse no pudiendo ser aprehendido. Y así, precisa­mente, es no sólo la imagen y semejanza de Dios, sino su Verbo hecho carne, la Palabra humanada del Dios «que mora en una luz inaccesible, que ningún mortal ha visto ni es capaz de ver» (1 Tim 6,16) y cuya gracia <.se ha mani­festado a todos los hombres como salvación>, (Tit 2,11). Por eso, nunca se sustrae el Señor al que le cusca y está vuelto a él sin darle la bendición y la gracia de su presen­cia. Los muchos a quienes manda con un «vek» —«Vete y no quieras más pecar», «vete y muéstrate..», «vete y anuncia la maravilla que Dios te ha hecho...». etc.— com­portan su presencia en la nueva vida en la que son re­puestos, a veces incluso a una distancia que les recusa un seguimiento de cerca (Lc 8,38).

Y el seguimiento de cerca, el camino de los Doce, es, como el de María, un constante ejercicio de desprendi­miento de una toma y posesión inmediata. Por esto, habrá que decir que el consejo de «abandonarlo todo», si ya no es un mandato, es el camino del seguimiento en el sentido más intensivamente misterioso. También el cristiano es con Cristo un ausente del mundo, para estarle presente desde Dios de modo más intensivo, pero incomprensible. La misión cristiana en el mundo supone estar muerto para el mundo, no sólo en el seguimiento del camino terreno de Jesús, sino también en cuanto la dialéctica indomable de la inmanencia, siempre mayor en su transcendencia siem­pre mayor, toma cuerpo en el cristiano.